Esta obra forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx www.derecho.unam.mx

KAT'AXÍAN
A CADA QUIEN LO SUYO*

Michelangelo Bovero**

La decisión de esta prestigiosa Facultad, de otorgarle a mi modesta persona la medalla "*Isidro Fabela*", me honra más allá de cualquier expectativa. Al expresar mi más sincero y sentido agradecimiento, debo, antes que nada, confesar que me considero inadecuado a tanta honra. La comparación con la estatura moral y la relevancia histórica de Isidro Fabela, cuyo nombre lleva este reconocimiento, me hace sentir pequeño. Así como también la sólida fama de las personas premiadas anteriormente, me intimida.

Sin embargo, con alguna incertidumbre y con mucha emoción, he resuelto aceptar la medalla *Isidro Fabela*; pero, si me lo permiten, no lo hago a título personal, para alimentar mi orgullo, sino en calidad de representante de una tradición cultural que me incluye y me rebasa: la que se ha querido llamar "la Escuela de Turín", de la que soy un alfil anciano.

La de Turín es una escuela de pensamiento dedicada a los estudios de teoría jurídica y política, pero que nunca ha estado alejada de la vida real; de hecho y por el contrario, sus integrantes siempre se han visto atraídos por una fuerza irresistible hacia los problemas pulsantes de la existencia y de la convivencia, que los ha llevado a ser parte en la batalla siempre abierta, nunca ganada pero nunca perdida de manera definitiva, por lograr un mundo más civilizado y más humano.

Quisiera, entonces, no sólo dedicar, sino en un cierto sentido, devolver idealmente este premio, que la Facultad de Derecho ha decidido otorgarme, a las figuras que en el transcurso del tiempo han constituido las fuentes intelectuales y morales de la tradición turinesa, en la que yo mismo me formé. *Kat'axían*: a cada quien lo suyo, en virtud del valor. Comenzando

---

* Traducción del italiano de Pedro Salazar Ugarte.

** Profesor Ordinario de Filosofía Política de la Universidad de Turín, Italia.

por Gioele Solari, que los historiadores de la Universidad de Turín han definido como "el maestro de los maestros"; siguiendo con Alessandro Passerin d'Entrèves, primer profesor titular de la Cátedra de Filosofía Política, que hoy inmerecidamente ocupo; para culminar con mi maestro, Norberto Bobbio, al cual le debo lo que sé y lo que soy …y no es su culpa. Pero las personas a las que les debo agradecimiento especial son muchas más. Me gustaría ser capaz de estrecharlas, en un abrazo ideal, a todas ellas con la cadena de esta medalla.

Conocí a Bobbio cuando yo tenía diecinueve años. Transcurría el año crucial de 1968. Él apenas había rebasado la edad que yo tengo ahora. En aquel tiempo, se me consideraba una especie de *enfant prodige*. De hecho, era presumido y arrogante: listo para contradecir a cualquiera, incluso a los profesores, haciendo gala de mí supuesta sabiduría superior.

Por otra parte, ya desde entonces, estaba contagiado por una especie de profundo pesimismo o, mejor dicho, de catastrofismo sobre los destinos de todo y de todos: esa es una enfermedad que nunca he superado y, en ello, Bobbio no me ayudó. Sin embargo, mi actitud en general no era ni la de un misántropo, ni la de un autista; por el contrario, buscaba la compañía y la alegría, el buen vino y el buen tabaco. Los mejores vicios. Pero, no tenía sentido de los límites. Trasgresor y descarado, actuaba de manera intencional como un príncipe de lo políticamente incorrecto, como si las reglas –incluso las de la buena educación– valieran sólo para los demás, para los normales. No para mí, que era excepcional. En una palabra: era insoportable. Cómo logré tener amigos, y hasta llamar la atención de una joven estupenda, Luisa, que pronto se convertiría en mi esposa y me regalaría un hijo maravilloso, Sandro, cuando apenas tenía 22 años, es todavía un misterio incluso para mí. Tal vez, algunos amigos presentes aquí el día de hoy estarán pensando: sigue siendo el mismo. Sinceramente, no lo creo. Puede ser que en algunas actitudes exteriores… Pero, no: en lo sustancial soy otra persona. Al menos, eso espero.

He intentado diseñar esta especie de "autorretrato del homenajeado adolescente", para resaltar cómo el encuentro con Bobbio, para mí, fue decisivo, también en el plano estrictamente personal. Por supuesto, no fue un encuentro aislado. El ambiente turinés estaba plagado de estímulos. Yo había frecuentado el mismo liceo (como se dice aquì, la misma preparatoria) que Bobbio, el prestigiado Massimo D'Azeglio. Una vez que ingresé en la Universidad, Facultad de Filosofía, establecí contactos muy provechosos para mí con un cenáculo de profesores anti-metafísicos y antiretóricos: Nicola Abbagnano, Pietro Chiodi y los alumnos de éste último.

Otro círculo intelectual, lo encontré en la Facultad de Ciencias políticas, recién nacida al emanciparse de la Facultad de Derecho: por encima de todos, Alessandro Passerin d'Entreves, hombre de cultura cosmopolita, que había sido colega y amigo personal de Herbert Hart en Oxford y que tuvo la generosidad de abrir su casa y su riquísima biblioteca a este joven descarado, aunque brillante, al que trató con indulgencia e ironía.

Pero fue Bobbio quien me cambió radicalmente. No de inmediato. No durante mi carrera, demasiado exitosa como para sosegar la mente de un joven presuntuoso como yo. A los veintitrés años obtuve el título de doctor de filosofía, *summa cum laude*. Director de tesis, por supuesto, Bobbio. Mi ego hipertrofiado se fue desinflado poco a poco a lo largo del año siguiente, cuando asumí el cargo oficial de "asistente" (o sea, colaborador) de Bobbio. Para expresarlo con una metáfora: al pasar muchas horas con él, todos los días, en su oficina y en su casa, se fue revelando ante mí, de manera paulatina, la profundidad de mi profesor: quiero decir, su figura entera, que hasta entonces se me había aparecido sólo como una imagen llana, en dos dimensiones, tras la cátedra. Descubrí la constelación impresionante de sus intereses y curiosidades: y tomé conciencia de que yo creía saber mucho, pero sabía muy poco. Y ante la manera directa, aparentemente muy sencilla, con la que él relacionaba los estudios teóricos y los problemas del mundo real, pero siempre a partir de éstos, logré darme cuenta de que yo era un abstracto doctrinario. En aquel año académico, 1972/1973, Bobbio había cambiado la cátedra de Filosofía del Derecho por la de Filosofía Política, ocupando la plaza de d'Entreves, que se había jubilado. El tema de su primer curso en la nueva materia fue: "Sociedad y Estado, de Hobbes a Marx". Entonces, además de encargarme algunos seminarios, Bobbio decidió que yo participara en el curso, impartiendo lecciones sobre algunos temas específicos. Al final del año escolar se propuso editar un libro con las lecciones del curso y me pidió que redactara los capítulos sobre Rousseau y sobre Hegel. Sin darme cuenta de lo que eso implicaba, acepté. Me tardé un poco, pero cumplí. Y, bien: precisamente cuando tuve en las manos el libro, con ambos nombres en la portada –¡Bobbio y Bovero!–, mi juvenil presunción se desquebrajó: de un golpe, me resultó evidente la desproporción. No para colmar la distancia, sino para superar ese sentimiento de vértigo empecé a estudiar de otro modo y con intensidad aún mayor. Adopté otra postura y otra actitud, no sólo ante los estudios, sino también ante la vida real, ante las relaciones con los demás y ante los compromisos privados y públicos.

Eran tiempos terribles. El sesenta y ocho –en el que había participado como casi todos los de mi generación– había cedido su lugar a los "años

de plomo": los años de las Brigadas Rojas y de las bombas fascistas, de la llamada "estrategia de la tensión". Una estación que culminó con el asesinato de Aldo Moro. Fue en aquellos años cuando un grupo de amigos y compañeros, con los que compartía un sentimiento profundo de desconcierto y de molestia moral, creamos un círculo de reflexión en el Centro de Estudios Piero Gobetti, que había sido fundado, años atrás, por Bobbio y otras personalidades piamontesas para recoger y preservar la herencia ideal de la resistencia contra el fascismo. Establecimos un seminario permanente, intitulado "Ética y política". Bobbio asistió a casi todas nuestras reuniones. Ahí surgió mi vínculo estrecho con Marco Revelli por demás, escritor genial cuya obra debería ser conocida también en México. Paralelamente, en ese mismo periodo, es decir, la mitad de los años setenta, comencé a frecuentar la fundación G. Feltrinelli de Milan. Su joven director, Salvatore Veca, organizaba seminarios de filosofía política. Ahí encontré, entre otros, a un nuevo amigo-maestro, él sí, en verdad, cultísimo: Remo Bodei. Poco a poco, en ese ambiente, cobró vida la idea de intentar una operación similar a la que Bobbio y otros estudiosos de su generación habían emprendido después de la segunda guerra mundial: abrir el debate científico italiano a ciertos autores y temas de la cultura internacional que habían sido descuidados. De ahí surgió el interés, entre otros, por Rawls y por las nuevas teorías de la justicia. Fuimos desarrollando una comparación crítica y autocrítica de éstas y otras perspectivas teóricas con aquellas que en Italia tenían mayor presencia en aquellos años. Nos liberamos de nuestro marxismo imaginario (piensen que en los primeros años setenta yo me creía que era un marxista turinés-tercermundista), pero sin que ello implicara volverse antimarxistas y, mucho menos, perder nuestra orientación ideal. Por el contrario: nunca dejamos de vislumbrar nuestra estrella polar, el valor de la igualdad.

Con Veca y Bodei fundamos, en 1981, el Seminario de Filosofía Política. La primera exposición, en el primer encuentro, la hizo Bobbio, hablando sobre el concepto de justicia. Las reuniones anuales del seminario siguen celebrándose, aunque la composición de los participantes ha cambiado con el tiempo. Después de veinte años, el grupo milanés se separó y caminó por su cuenta; en su lugar, por razones de mayor afinidad intelectual, se agregó a nosotros la escuela genovesa de los alumnos de Giovanni Tarello, costilla "realista" de la teoría analítica del derecho de inspiración bobbiana, guiados por Riccardo Guastini y Paolo Comanducci. La nueva colaboración sigue desarrollandose con resultados muy fecundos.

Cuando fundamos el Seminario, Bobbio ya habia dejado la cátedra, por haber alcanzado la edad de la jubilación. En 1979, la Facultad me designó

como su sucesor en la enseñanza de la Filosofía Política. Tenía, solamente treinta años. En el mundo académico esa decisión provocó consensos y disensos. Entre los amigos, prevalecieron las bromas amistosas y las "tomadas de pelo". El chiste más mordaz fue el de Remo Bodei. En uno de nuestros seminarios, inmediatamente después de mi designación, dijo: "es natural que un maestro anciano, elija para que lo reemplace al alumnos que más se le parece… físicamente". Y se dio un par de golpes en la nariz.

A principios de la década de los ochenta también tuvo lugar mi primer contacto indirecto con México: llegó a estudiar a Turín un joven, José Fernández Santillán. Pensaba, seguramente, que Bobbio seguiría sus estudios, pero en su lugar me encontró a mí. Aunque tuvo la fortuna de asistir, todavía, a dos seminarios que el propio Bobbio impartió en paralelo a los cursos de Filosofía Política. En dos años de labor admirable, Fernandez Santillán produjo una buena tesis sobre "Hobbes y Rousseau", luego publicada en México con un prefacio del maestro turinés. Cuando regresó a su país inició un extraordinario trabajo como traductor y difusor de la obra política de Bobbio, que era mucho menos conocida en América Latina que la obra jurídica.

Al dejar las aulas, Bobbio multiplicó su actividad científica. Y su influencia intelectual y moral se volvió aun más grande: escuchado y reconocido como una conciencia crítica de la nación, publicó algunos de sus textos más famosos, empezando con *El futuro de la Democracia*. También la escuela de Turín, que quizá en ese entonces no tenía plena conciencia de su propia existencia, estaba creciendo. De hecho, comenzó a difundirse y consolidarse también en el extranjero: primero en España –donde la influencia del pensamiento de Bobbio ya era muy grande en el medio cultural y politico antifranquista: baste con mencionar a Elías Díaz, Gregorio Peces-Barba, Alfonso Ruiz Miguel–; pero también en Suiza, Francia, Alemania, Inglaterra. Luego en América Latina: especialmente en Brasil –sobre todo por mérito de las iniciativas culturales y las aportaciones teóricas originales de Celso Lafer y, mas recientemente, gracias a la fundación, en la ciudad de São Paulo, de un "Centro de estudos Norberto Bobbio"–; pero también en Argentina (Ernesto Garzón Valdés, y luego Alberto Filippi), en Chile (Agustin Squella) y, por supuesto, como diré mejor más adelante, en México. Ciertos alumnos turineses incluso se desplazaron a algunos de estos países, hasta llegar, aunque parezca increíble, en un caso, a los Estados Unidos. En 1984, Luigi Bonanate, uno de los mejores expertos de relaciones internacionales a nivel mundial –y para mí una especie de hermano mayor entre los alumnos de Bobbio– propuso la fundación de una revista, *Teoría Política*, de la que

sigue siendo director hasta hoy. Nos orientamos, sobre todo, hacia los estudios de los problemas de la democracia. No era solamente una preocupación intelectual, también era el clima político lo que nos empujaba en esa dirección. Mientras, el mundo occidental se inclinaba a la derecha –Thatcher, Reagan…–, los regímenes democráticos manifestaban síntomas de nuevas patologías. En Italia, después de los años de sangre, llegaron los años de lodo: los años de la corrupción de la vida pública.

En 1987, el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM organizó un seminario internacional sobre "Teoría de la Democracia". Entre otros, nos invitaron a Bobbio y a mí. Pero el maestro no se sintió en condiciones de realizar el viaje. Yo acepté. Para mí fue una experiencia estupenda. Encontré muchos estudiosos que, con los años, se convertirían en amigos queridos. Con uno de ellos, quizá la personalidad más relevante, la suerte no permitió siquiera iniciar una relación verdadera: Carlos Pereira, el "Tuti". Dos años después, en abril de 1989, el mismo Instituto me invitó a impartir un curso de "Teoría general de la política": en esa ocasión maduró la primera red efectiva de relaciones con la cultura científica y política mexicana. En este país, que enfrentaba un problema muy particular acerca de la democracia, encontré interlocutores que compartían mis propias preocupaciones intelectuales. Con algunos de ellos descubrí sintonías muy especiales, como con Luis Salazar. La persona que se había encargado de organizar el seminario en 1987 y que, en su calidad de secretaria académica, me había invitado a impartir el curso en 1989, Corinna Yturbe, decidió dedicar sus estudios de doctorado al pensamiento democrático de Bobbio y me pidió que dirigiera su tesis. Desde entonces, los intercambios se han vuelto una costumbre: casi todos los años, en ocasiones más de una vez al año, he regresado a México y muchos amigos mexicanos han ido a Turín.

Pocos meses después del curso mexicano sobre "Teoría general de la política", la caída del comunismo llegó, para sorpresa de todos. Ciertamente no nos lastimó: mi generación nunca había mostrado simpatía por el modelo soviético, ni siquiera en los años verdes del marxismo imaginario. Habíamos sido y seguíamos siendo antiautoritarios. Aún más: el fin del imperio autocrático del socialismo real, generó en nosotros la esperanza de que había llegado el momento de una renovación de la democracia, también en occidente. Era una ilusión, y pronto nos dimos cuenta: la caída del muro no provocó un aluvión de democracia sino de turbo-capitalismo y de anti-igualitarismo. Desde entonces mis preocupaciones intelectuales se orientaron hacia la elaboración de la categoría de la "democracia aparente". En Italia,

otra ilusión efímera de renovación y de rescate de la democracia llegó con la estación de "mani pulite", en 1992.

Pero, sólo dos años después, el espacio que la quiebra del viejo sistema político había dejado vacío, fue ocupado por la "pluto-telecracia demagógica", junto a sus cómplices viejos y nuevos, fascistas impenitentes, clericales reaccionarios y plebeyos grasientos. Un ataque frontal y mortal a las columnas de la democracia y del estado constitucional de derecho. Para describir e interpretar la naturaleza del nuevo monstruo, inventé la noción de "kakistocracia", el gobierno de los peores. Escribí en *Teoría Política* un artículo de filosofía militante intitulado "Constitución y democracia". Casi en el mismo momento, en otra revista recién nacida, *Ragion Pratica*, apareció un ensayo con el título "Democracia y constitución". Su autor era Luigi Ferrajoli. Las tesis eran afines, los argumentos muy parecidos. Por una extraña razón, Luigi y yo nos habíamos conocido un poco tarde, sólo hasta finales de los años ochenta y, ¡vía telefónica!: él me llamó sin que nos hubiésemos encontrado antes, después de leer una larga reseña que escribí de su obra *Diritto e ragione*. Desde entonces no nos perdemos de vista y cultivamos una relación que para mí siempre ha sido muy fecunda.

Con la llegada del primer gobierno telecrático, en 1994, junto con Marco Revelli y los alumnos más jóvenes de la escuela, fundamos el "Grupo de Resistencia Moral". Le pedí a Ferrajoli y a otros amigos ilustres que participaran activamente con nosotros. Organizamos debates para despertar a la opinión pública. Como resultado, editamos tres pequeños volúmenes con el título "Argumentos para el disenso". Al cabo de algunos meses, al parecer, logramos algunos resultados. Pero la inmadurez democrática era muy amplia, y la pobreza de la clase política, en su conjunto, muy profunda. Pocos años después la "pluto-telecracia demagógica" regresó al poder. Es más: el gobierno de los peores se difundió, manifestándose de diversas maneras en el panorama político mundial.

Pasando al plano de las ideas, tampoco la filosofía política ofrecía un escenario mejor: habían surgido nuevas corrientes que, con una fachada progresista, en realidad escondían muchos peligros para el destino de la cultura democrática: teorías de la identidad y del reconocimiento, comunitarismo, multiculturalismo… Era preciso analizar cada una de ellas con rigor, para desenmascarar la trampa: una tarea que enfrentaron, entre otros, mis mejores alumnos italianos, Ermanno Vitale y Valentina Pazé quienes, estoy seguro, sabrán dar continuidad a nuestra tradición en el futuro.

Por mi parte, junto al desarrollo de una teoría de la democracia (mi *Gramática* del año 2000); a la recuperación de temas clásicos de gran rele-

vancia para la actualidad –como el tema de la libertad (el volumen *Quale libertà* de 2004, que incluye también, entre otras, una contribución de Luigi Ferrajoli) y el tema de los derechos fundamentales (sobre el que espero concluir en breve un libro que encuentra su inspiración en las tesis innovadoras del proprio Ferrajoli)–; a la reflexión en torno a los diversos aspectos de la globalización, y, sobre todo, a los problemas del terror y de la guerra (con Ermanno Vitale editamos un libro intitulado *Gli squilibri del terrore* en 2006); en la última década, asumí como una tarea personal muy especial la promoción de un mayor conocimiento de la obra política de Bobbio, que está dispersa en un sinnúmero de ensayos. De ahí surgieron los dos volúmenes de escritos bobbianos: *Dal fascismo alla democrazia* de 1997 y, sobre todo, la *Teoria generale della politica* que logré entregarle a Bobbio, como regalo por sus noventa años, el 18 de octubre de 1999.

Precisamente en este último periodo, decidieron ir a estudiar a Turín dos jóvenes mexicanos. Antes llegó Lorenzo Córdova Vianello, quien se dedicó a desarrollar una comparación entre las concepciones de Kelsen y de Schmitt, visualizadas, la primera, como modelo de la teoría democrática, que reivindica la primacía del derecho sobre el poder; y, la segunda, como paradigma de la ideología autocrática, que otorga prioridad al poder sobre el derecho. Algunos años después, llegó Pedro Salazar Ugarte, quien se dedicó a estudiar el debate internacional sobre la relación entre constitución y democracia, ofreciendo una reconstrucción sistemática y un análisis riguroso, con propuestas teóricas originales. Los dos resultados científicos son, desde mi punto de vista, excelentes. Pero puede ser que mi juicio sea demasiado subjetivo. En todo caso, con estas aportaciones, la "fracción mexicana" de la Escuela de Turín ha alcanzado una buena consistencia.

Cuando nuestro profesor nos dejó definitivamente, en 2004, fueron estos últimos alumnos mexicanos quienes organizaron en esta misma ciudad un Seminario internacional en el que se encontraron, probablemente por primera vez, los alumnos ideales de Bobbio – estudiosos de su pensamiento político y jurídico – de Europa y de América Latina. No se trató de un homenaje conmemorativo sino de un encuentro de estudio serio y fecundo.

De Bobbio aprendimos que política y derecho "son las dos caras de una misma medalla". Esta metáfora bobbiana, me parece especialmente apropiada para el premio *Isidro Fabela* que consiste, precisamente, en una medalla, la cual lleva el nombre de una personalidad que ha ilustrado la política y el derecho en su significado más noble y elevado. La recibo también en nombre de los alumnos más jóvenes de la escuela de Turín, italianos y mexicanos, o mejor dicho, europeos y latinoamericanos, de España, a Suecia, a

Brasil, al proprio México: quiero señalar almenos a Andrea Greppi, como también a Fabrizio Cattaneo, Patricia Mindus, Marcelo Granato; pero muchos otros están cresciendo, en el viejo y en el nuevo mundo. Que esta medalla represente para ellos una invitación a mantener un vínculo de fidelidad con una tradición de seriedad en los estudios y de compromiso con las buenas causas.